



**Segundo lugar - categoría V-VI grados**

**Autor:** Gabriel Ocampo Mena

**Docente:** Sonia Picado Rosales

**Escuela:** Estado de Israel (Coronado, San José)

**Grado:** Quinto



## El conquistador conquistado

Daniel vivía en un pueblo de Sevilla, en España, con sus padres Álvaro y Elena y su hermana mayor Sofía. Daniel tenía 9 años, era un niño delgado, de cabello café, piel blanca y grandes ojos café claro. Cursaba el tercer grado y, aunque estudiar no era su actividad favorita, no salía mal en los exámenes.





Los fines de semana asistía a la escuela de fútbol con su papá. Álvaro era un hombre de pelo café, piel blanca, bastante alto y de apariencia algo brusca, aunque en realidad era muy cariñoso. También era muy ocupado ya que era abogado, pero los fines de semana los dedicaba a su familia. Elena, su mamá, era antropóloga y vivía estudiando al ser humano, su comportamiento y sus costumbres. Era una mujer alta, muy bonita, de cabello rubio oscuro, con ojos color miel y una mirada dulce y expresiva. Sofía era una adolescente de 15 años, muy parecida físicamente a Elena, pero con la cabeza llena de ideas propias de su edad.

Daniel pasaba sus días entre juegos de fútbol y la escuela, que estaba ubicada en las afueras de la ciudad, por lo que debía levantarse temprano para poder tomar la microbús que lo llevara a tiempo.

Un día, en la escuela, la maestra de Daniel les dijo que estudiaran el descubrimiento de América por parte de España. Daniel no sintió interés en ese tema y pensó que sería otro tema aburrido y lleno de fechas y nombres que tendría dificultad de memorizar. La maestra comenzó a explicarles el tema y, conforme avanzaba, Daniel comenzó a sentir cada vez más atracción hacia el tema, ya que para él los indígenas eran temas de películas y cuentos.

En su cabecita se imaginaba como uno de los conquistadores que llegaba a América y que luchaba contra los indígenas salvajes, reclamando las nuevas tierras para su país y convirtiéndose en héroe.

Cuando llegó a su casa, a la hora de la cena toda la familia se sentó a la mesa y comenzaron a comentar lo que les había ocurrido ese día. Daniel estaba ansioso por contarles a sus padres sobre la conquista, los indígenas, el oro y las tierras nuevas.



— Papá, ¿sabías que nosotros conquistamos unos indígenas salvajes que vivían en las tierras de América?—, dijo Daniel con cara de satisfacción por el tema que ponía sobre la mesa.

— Daniel —dijo la mamá—, creo que aun no has entendido bien la historia de la conquista de América.

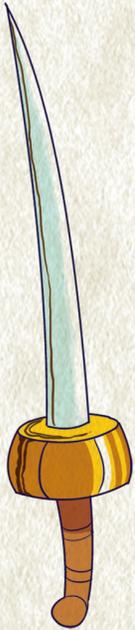
— ¿Por qué?—, preguntó Daniel.

— Es cierto que España descubrió tierras en América que en ese entonces era habitadas por los indígenas, pero eso no te da derecho a decir que eran salvajes. Muy al contrario, eran grupos que tenían muchos conocimientos y eran muy organizados en su manera de vivir.

— Pero la maestra nos dijo que los españoles les tuvieron que enseñar la religión y hasta el idioma—, le contestó algo molesto Daniel.

— Es verdad, pero ellos ya tenían un idioma propio y también creencias religiosas, aunque no eran parecidas a las nuestras.

En la cara de Daniel se dibujaban más preguntas que respuestas, por lo que su papá propuso una idea. — ¿Qué les parece si en las vacaciones que se avecinan hacemos un viaje a Costa Rica? Es un país de América muy hermoso con bellas playas y montañas.



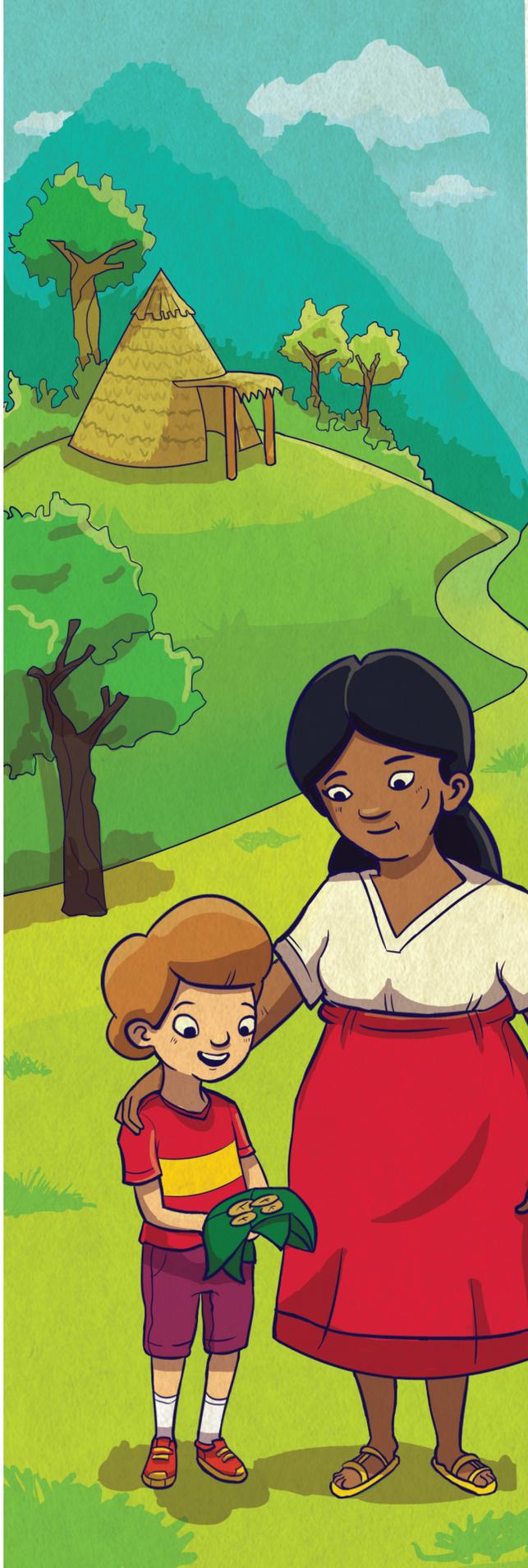
También podremos conocer algo de la historia vista desde otra perspectiva—, dijo Álvaro.

A Elena le pareció buena idea, ya que podría elaborar estudios de las costumbres de ese país. Sofía, en cambio, solo escuchó la palabra “playa” y expresó su alegría por alejarse un tiempo del invierno y la nieve. Para Daniel la idea del papá fue grandiosa, ya que podría conocer uno de los países que habían descubierto sus nuevos héroes y para él sería como vivir su propia conquista.

Los días pasaron y Daniel no veía la hora de vivir su aventura. Cuando al fin llegaron las vacaciones, la familia voló a Costa Rica, con el fin de disfrutar unos días de descanso y conocer el “nuevo mundo”. El viaje fue largo y cansado, pero Daniel no se quejó pues su deseo de aventura era demasiado fuerte.

Se hospedaron en un hotel muy cómodo que estaba ubicado en la ciudad. Desde ahí tenían planeado





un viaje al Parque Nacional Manuel Antonio, que, según leyeron en una página de internet, era uno de los mejores parques y sus playas eran de arenas blancas y aguas cristalinas.

Al día siguiente partieron rumbo a Quepos, donde disfrutaron de días de sol y actividades al aire libre. Cuando su estadía en Manuel Antonio terminó, llegó el momento que Daniel había esperado por tantos días, su siguiente parada era Talamanca, una región montañosa, hogar de varias comunidades indígenas costarricenses.

Llegar ahí fue toda una odisea, ya que es una región de difícil acceso y pocos son los caminos transitables. Daniel iba preparado para enfrentarse con los indígenas, tal y como él imaginaba habían hecho los conquistadores que tanto admiraba. Pero al llegar a la reserva indígena su encuentro fue totalmente diferente a lo que él tenía en mente.

La comunidad que visitaron eran los Cabécar, era un sitio

muy pobre y no tenían ni electricidad, Daniel jamás había visto viviendas construidas con madera y techos de paja. Tampoco había visto gente así, con piel oscura y ojos rasgados que lo miraban con curiosidad. La mamá de Daniel había conseguido que una familia Cabécar los alojara en su casa varios días, con el fin de tener una experiencia más cercana a sus costumbres.

Daniel comenzaba a entender que no tendría enfrentamientos con los indígenas como él había soñado, ya que, contrario a lo que él pensaba, las personas de la casa lo recibieron amablemente y aunque eran pobres y tenían pocas cosas se las ofrecieron con respeto y cariño.

María, la madre Cabécar, había cocinado plátanos y tortillas, platillos que Daniel hasta ese momento desconocía y que le provocaron un dolor de estómago. Entonces Jesús, el padre de la familia Cabécar, le enseñó a preparar una bebida de manzanilla con la cual alivio su dolor.

Fueron cuatro días en los que Daniel no paró de descubrir y aprender cosas maravillosas sobre los indígenas y hasta había olvidado que había ido a ese lugar con el fin de imitar a los conquistadores. Aprendió unas cuantas palabras cabécar, también le enseñaron a pescar y sus papás compraron mochilas y tejidos hechos por los indígenas de la zona.

Al concluir su viaje por Costa Rica, Elena la mamá le preguntó a Daniel qué era lo que más le había gustado de su paseo, a lo que Daniel contestó –lo que más me gustó fue hacer amigos nuevos en la reserva indígena, ellos me enseñaron muchas cosas que recordaré toda la vida.

Elena sonrió y pensó: “Mi conquistador fue conquistado”.

